



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ESCRITORES BILBAINOS

ANTONIO DE TRUEBA



Trueba, que es gloria de España,
da á sus cuentos seductores
el perfume de las flores
y el sabor de la montaña.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA, XXIX. *Bilbao*, por Sisecio Delgado.—A María, por Antonio de Trueba.—La reforma, por Manuel Matóres.—Fábulas, por José Estremera.—Es mejor el verano, por José Jackson Veyan.—En un álbum, por Cayetano Triviño.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios. GRABADOS: Antonio de Trueba.—Bilbao.—Falsificaciones, por Cilla.



Dícese que las viruelas están haciendo estragos en esta capital, donde hay caras que parecen de porcelana de Sévres, y ayer se vacunaron Moyano y el Sr. Alcalde, porque temen que se les deteriore el físico.

Es necesario cuidar mucho de estos adornos de la Naturaleza. A nadie le gustará salir mañana por ahí con la cara convertida en esponja, como le ha sucedido á un joven que estaba siguiendo la carrera de tenor, y un día quiso cantar una romanza de Incenga y le dieron las viruelas. Cuando regresó á su pueblo, después de la enfermedad, aquello no era cara; más bien parecía un queso de Villalón roído por los ratones; la nariz había desaparecido, y tuvieron que ponerle una de tafetán inglés, hecha por la madre, y siempre se le estaba cayendo, hasta que se decidió á andar por el mundo sin nada absolutamente.

La vacuna evita estos desperfectos; pero tiene graves inconvenientes.

Si se hace uso de la vacuna de ternera, que es hoy la patrocinada por los hombres científicos, el inoculado se expone á adquirir hábitos poco decorosos. Hemos conocido á un caballero recién vacunado, que se había mandado hacer unos cuernos de goma para andar por casa, y se pasaba el día tirando de una cómoda. Si se le preguntaba por la salud, en vez de contestar, mugía cortésmente, y en cuanto veía delante á su suegra ó al sastre, se arrancaba por derecho como una res natural.

Para obligarle á salir de casa tenía un amigo que echarle un capote, y el día que se murió fué necesario llamar al Alones para que le diera la puntilla.

Hoy se vacuna mucha gente de brazo á brazo, porque es menos expuesto.

Con todo, puede suceder que le toque á uno la vacuna de un bailarín, y á los pocos días comience á dar saltos y á hacer cadeneta con los piés, ó que le inoculen el virus de una señorita, y se empeñe uno en andar de polisón y lazos en el pelo.

Casi todos nuestros vicios proceden de la vacuna.

El niño de los Sres. de Barbilla es inaguantable, revoltoso, hambrón, entrometido y hueco.

—Esta criatura va á acabar con nosotros—nos decía su madre.

—De nada sirve la educación que le damos—añadía el padre.

—Nos tiene fritos.

—Hay días en que si fuese á llevarme de mi genio, lo reventaba.

—Le habrán echado á perder las malas compañías—dijimos nosotros.

—No señor; todo lo atribuimos á la vacuna.

—¿La vacuna?

—Ha sido vacunado directamente del brazo de un Concejal.

El invierno se acerca á pasos agigantados, y el estero constituye hoy la ocupación predilecta de los vecinos de Madrid.

Los que no quieren hacer desembolsos, suben á la guardilla y cargan con las esteras del año pasado, para colo-

carlas por sí mismos en las habitaciones correspondientes.

Hay señoritas elegantes que figuran en los periódicos como concurrentes á los salones y á los primeros turnos de los teatros, y á pesar de la finura que les es propia, esteran la casa con sus delicadas manos.

Hace pocos días sorprendimos á un Diputado á Cortes extendiendo las esteras en el pasillo. Se había puesto un frac viejo y un pantalón mancillado por el uso; en la mano derecha blandía un martillo. Sus hijas, Tulita y Pura, ayudaban al fogoso orador en las faenas domésticas y la mamá cosía silenciosamente en un rincón un trozo de alfombra usada.

Al vernos aparecer, las niñas lanzaron un grito y huyeron veloces.

—¡Qué tontas!—dijo el Diputado.—No quieren que las vea V. en traje de lidia.

—Cosas de la juventud—replicamos nosotros.

—Pues estamos esterando... por gusto, ¿sabe V.? Nosotros somos así: nos distraemos con estas cosas. Y después, se ha puesto tan caro todo, que le piden á uno seis ó siete reales por cada habitación, poniendo V. los clavos y la tramilla.

—Hacen VV. perfectamente.

—¿Tiene V. la bondad de coger la estera por esa punta y llevarla hacia aquel rincón? Quiero ver si es bastante ancha para el gabinete. Pero, se va V. á poner perdido... Camila... Camila...

Camila es la esposa del Diputado, la cual Camila se presentó con un pañuelo de algodón atado á la cabeza, y un delantal de zaraza puesto á guisa de chal para que no se le vieran los rotos del vestido.

—Beso á V. la mano—nos dijo.—¡Ay! ¡Cómo nos coge V.!

—Ustedes están bien de todas maneras.

—Tantas gracias.

—Oye, Camila—siguió diciendo el Diputado;—tráele á este caballero cualquier cosa para que se la ponga en lugar de su chaquet. Nos va á ayudar un ratito.

—¡Como no le traiga aquel gabán que me pongo por las mañanas!...

—Sí, cualquier cosa.

Y tuvimos que coger la estera, después de ponernos el gabán de Doña Camila, y con ayuda del Diputado y las niñas, dejamos esterado el gabinete y una alcoba.

El Diputado decía á cada paso:

—Yo me muero por estos trabajos domésticos... ¡Uy! ¡Caracoles!

—¿Qué ha sucedido?

—Nada; que me he dado con el martillo en el dedo gordo... No es nada... Pues aquí todos los años ponemos las esteras... Se distrae uno mucho... ¡Cuerno! ¿Si viera usted cómo me duele?... Anda, Purita; pásale una escoba al comedor, y tú, Tulita, á ver cómo coses esta pieza, casando bien las rayas.

Al fin logramos vernos libres del Diputado y de las esteras, y salimos á la calle pensando en las cosas de este Madrid, donde hay personajes que friegan los suelos por la mañana, y brillan en los salones por la noche.

Se trata de evitar que los enfermos variolosos hagan uso de los coches de plaza.

Con este motivo los cocheros miran detenidamente á sus parroquianos, y hasta que no se convencen de que están limpios no les dejan abrir la portezuela.

—Cochero, á la Castellana.

—A ver; enséñeme V. el cutis.

—¿Para qué?

—Para evitar los contagios. Esa nariz no me gusta nada; la tiene V. así como verdosa.

—Es que se me enfría.

—No puedo alquilarle á V. el coche.

—¿Cómo?

—Ante todo, la salud pública. Están prohibidos los cutis sospechosos.

Va á ser necesario darse velutina ó blanco-cera para engañar á los cocheros, ó presentarles un certificado del Médico, visado por el Alcalde del distrito.

En los tranvías no hilan tan delgado.

Allí pueden entrar toda clase de personas y animales, sin que nadie proteste.

La otra tarde viajamos al lado de un paleta que llevaba una alforja llena de pollos y conejos vivos. Sobre las rodillas conducía dos ó tres cochinitos filarmónicos, que fueron entonando melodías de Wagner todo el camino.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXIX

BILBAO

Esta gorra que traigo es mi escudo,
respetuoso me la quito aquí,
y con ella en la mano, os saludo
á mi Dios, á mi patria y á tí.

(Canción del sitio).

Llego á Vizcaya. Viaje pistonudo,
un paisaje hasta allí
Desciendo sin cesar lluvia menudo
(como dicen aquí.)
A riesgo de mojarme la cabeza
me descubro la frente
y saludo entusiasta la grandeza
de esta ciudad valiente,
que resistió la lucha fatigosa
de un asedio tenaz,
regando con su sangre generosa
la oliva de la paz.

Bilbao es un encanto. La elevada
montaña le rodea
y en medio, como cinta plateada,
la ría serpentea.
Fuera difícil encontrar un punto
de todo su circuito,
que no sirviera de sobrado asunto
para un cuadro bonito.
El puente principal, lleno de gente,
los bordes de la ría,
la costa pintoresca, el mar rugiente,
la eterna algarabía
del mundo comercial, que representa
la vida y la fortuna,
y que en esta ciudad crece y aumenta
tal vez como en ninguna.
Las fábricas que humean, los vagones
de diminutos trenes
que llenan de barricas y cajones
esplanadas y andenes;
el nunca interrumpido movimiento
de lanchas y vapores
que agitan sin cesar el elemento
con ruidos estertores...
y luego una ciudad tan aseada
que parece una perla
con cadenas de flores amarrada,
convitando á cogerla.

Bordeando la ría por la izquierda
se va á Portugalete,
que, aunque sombrío ahora, me recuerda
ese lindo juguete
que pintan y describen los cronistas
(para que no los lean)
cuando hacen cuentecitos y revistas
de los que veranean.
Aquello es una cosa deliciosa,
(fuente de poesía)
(Muy hermoso aquel mar, y muy hermosa
la entrada de la ría...)

Saliendo de Bilbao por la derecha
y al pie de la montaña,
hay un ferrocarril de vía estrecha,
de construcción extraña,
porque parece cosa de zibiquillos
(y que corre de un modo
con sus estacioncitas, puentecillos
y túneles y todo)
Aquel es un camino pintoresco
por uno y otro lado.

y donde se respira brisa fresco
(que dicen en *Bilbao*).
De las Arenas á la playa bella
se llega por allí,
donde se... que he bebido una botella
de rico *chacolí*.

Las alegres muchachas vizcainas
son limpias como el oro,
y encantan con sus voces argentinas
de canario *sonoro*.
Cuando oigo de la fonda en el pasillo
charlar á una criada,
me parece escuchar á un jilguerillo
que pia en la enramada.

—¡Eh, guardia!

—¿Que te ofreses?

—¿Usted sabe

dónde está *El Noticiero*?

—¡Ara! ¿qué te sabrás? ¿Duda te cabe?
Sí que te sabes, pero...
no te recuerdas.

—(Diablo que te lleva!

no salimos del paso.)

¿Y dónde vive don Antonio Trueba?

¿lo sabe usted acaso?

—¿Antonio Trueba? Conosido te eres;
te suenas apellido...

¿Trueba! Antonio de Trueba...

—(¿Que si quieres!)

—Si te eres conosido...

—Bueno; no se moleste. (Hicimos fiasco.)

—Ya buscaré á los dos,

—Pues feliz viaje.

—Adiós; escarrisco.

—Esteserasco. Adiós.

SINESIO DELGADO.

Á MARÍA

I

Maria, aunque los piropos
te parezcan cosas ricas,
porque hiperboles y tropos
os gusten siempre á las chicas,
yo no entiendo de esas cosas
cuando hablo con las mujeres,
aunque sean tan hermosas
como entre todas tú eres;
y además, siendo discreta,
no querrás, cara de cielo,
que te requiebre un poeta
que pudiera ser tu abuelo;
y si entre caras bonitas
la tuya es blanca y suave,
tú ¿para qué necesitas
que la cara se te lave?

II

No te figures, por eso,
cara de Pascua florida,
que no siento hacia tu sexo
inclinación decidida:
siempre grande la he sentido
hacia el sexo en que descuellas,
á pesar de no haber sido
ningún Periquito entre ellas;
y aún lo siento en las etapas
de la edad grave y adusta,
porque aún sois las chicas guapas
la gente que más me gusta;
pero al fin, cara de rosas,
hasta estos versos son prueba
de que en piropear á hermosas
no es diestro

ANTONIO DE TRUEBA.

LA REFORMA

¡Calle V. por Dios!

En cuanto aquí transcurre una semana sin que nos ofrezcan una novedad que ver, ó, si se quiere, una novedad que discutir, somos contribuyentes al agua.

Tuvimos la semana de Lolilla la liliputiense, semana del perro Paco, semana del General Salamanca, semana de insurrección de cigarreras, meses de *Frasquito*, años de Mazzantini y siglos de *Lagartijo*.

Ahora estamos atravesando la semana de la lotería novísima, que así la llamamos para diferenciarla de la lotería moderna, que según Bremón ha pasado á ser vieja.

No se habla de otra cosa.

Entra V. en una dependencia pública y se encuentra á todos los empleados reunidos alrededor del brasero público, apurando colillas, revolviendo el rescolido con la badila, y hablando de la nueva forma en que se van á verificar los sorteos de la tumba nacional.

Se acerca V. á cualquier mesa de un café, y en todas ellas domina el mismo asunto: el número único irradiado.

Penetra V. en el hogar, y no hay otro asunto de que tratar.

Ayer decía la criada de casa á mi mujer:—«Señorita, ¿cuántas bolas echo en el bombo?»

—Chica, ¿qué dices!

Uy ¿qué cabeza la mía! ¿pues no he confundido...? ¿quiero decir que cuántos garbanzos echo en el puchero!



En Portugaleta.



BILBAO.

Est. Espirito-Santo 18 Madrid



Un motil que se pasa la vida entera con chacolí por dentro y agua por fuera.



¡Jaungoicoa! ¡y cómo llueve!



¡El Noticiero Bilbaino con la arrestación de General Boulevard! (sic).



Ferrocarril central de Vizcaya.



De la hig-liffe.



Vera efigie de un foral tomada del natural.



¡Viva Vizcaya, pues!



Cuando tenga chiquillos (Dios no lo quiera,) la he de traer á casa para niñera.



—¡Eh, señoritua! ¡llevo eso?
—¡Es, es!



En la ría.



Cargador del muelle.



Vizcaína que te eres, ¡guapa que te estás!

Ese error se ha repetido una y cien veces.

Hace pocos meses tuve el honor de hacer observar á ustedes que toda la gente iba por la calle cantando el *sanga sangá*.

Observen VV. ahora á los transeúntes. La mayor parte de ellos llevan diez acerolas numeradas en el sombrero, agitan el bombo improvisado, sacan una acerola, la miran con entusiasmo y exclaman: ¡un tres! vuelven á echarla, vuelven á agitar, vuelven á meter la mano y ¡un siete! dicen; repiten la operación y exclaman: ¡un dos!.....

El otro día me acerqué á uno que estaba sentado en un banco del Salón del Prado, y le dije al verle entretenido en esa tarea:

—Aguarde V. amigo, ¿puedo jugar?

—¡Venga!

—Déme V. un décimo.

—El 15.287 y no va más. ¡Juego!

¡Oh país! ¡delicioso país! Por un lado los Jueces y los alguaciles entrando en los círculos de recreo y gritando:

—¡Por el Rey!

—Señor, si no jugábamos.

—He oído decir: «¡Soy total!»

—Bien, pero era esta señora que contaba su vida privada.

Y por otro lado publicando en la *Gaceta* decretos que ponen en conmoción el cerebro social.

En esta ocasión se ha hecho notar un tipo que VV. habrán tenido ocasión de ver muchas veces.

Hablo del que todo lo sabe.

Porque supongo á VV., por poco aficionados que sean á la observación, enterados de que este mundo se divide en dos clases de gentes: las que todo lo entienden y las que nada se explican.

Aunque sea digresión, diré que el tipo más perfecto de esta última clase le encontré en mi colegio en aquellos felices tiempos en que yo hacía como que estudiaba.

Decía el profesor: «El sol está quieto, la tierra da vueltas alrededor del sol; la luna da vueltas alrededor de la tierra...»

Y decía mi amigo y compañero: «Pues señor, no lo entiendo.»

Gracias, pues, á esta división de personas *clairvoyants* y de personas obtusas, la discusión es constante como la marcha de los planetas.

Lo único que cambia es el asunto.

Opino que la única razón que nos hace alimentar la afición á las corridas de toros, es lo ocasionadas á la discusión que son las suertes de la lidia.

Después de cualquier corrida no oír V. otro tema en las conversaciones sino el de «la estocada de la tarde.»

—No señor—dice el que todo lo sabe,—fíjese V. bien. El toro estaba *verbigracia*, donde está el señor, Rafael se tiró tal y como yo, ladeó el estoque y...

Estos días el que todo lo sabe tiene tela cortada.

Pasan de ciento los discursos que ha pronunciado comenzando de la misma manera.

—Mire V.: Son cinco bombos; cada uno contiene diez bolas con las diez cifras, el bombo de las decenas de millar sólo tiene tres ó cuatro bolas...

—¿Lo ve V.? Pues eso es lo que no entiendo.

—Pero venga usted acá *so inorante*.

Por supuesto, que como todo tiene en el mundo sus ventajas y sus inconvenientes, la lotería nueva ha llevado la ilustración á algunos cerebros amelonados.

—Hasta ahora—me decía ayer mi barbero, no me había yo enterado de lo que eran decenas de millar, y ¡cuidado que he ido seis años á la escuela *inconstantemente!* Verdad es que no había tenido necesidad hasta ahora de usar de esos conocimientos.

En cambio, como el número de los chiflados es infinito, se han entregado los cabalistas á la impropia tarea de averiguar por medio de qué combinaciones se puede llegar al feliz resultado de sacar el premio grande de los cinco bombos.

¡Qué de soliloquios se escuchan estos días en los modestos tugurios de á seis reales sin principio!

—Porque yo tomo una decena de décimos. Me cuestan seis duros. Tengo la seguridad de que me sale premiado un número. Me dan doce duros... ¡no puede ser! ¡No señor! ¡No puede ser!

Y gracias á que mi amigo Bremón ha tenido la feliz ocurrencia de demostrar que es el jefe de los *clairvoyants* publicando un artículo en el que aclara las ideas que ha dejado oscuras el Sr. Ministro de Hacienda en el decreto que ha dado á luz, aunque mejor sería decir que ha dado á tinieblas.

El artículo de Bremón ha sido leído por todos los españoles. ¡Oh! se trataba de una cuestión vital! Los ejemplares del periódico en que se ha publicado han sido buscados con afán y pagados á peso de oro, y á estas fechas todos sabemos á qué atendernos, menos el tipo del hombre negado que continúa diciendo:

—¿Qué quiere V. que le diga? ¡No lo entiendo! Supóngase que yo tengo el número 5.555. ¿Como quiere V. que me salga el premio gordo? ¡Haciéndose cinco milagros! ¡Oh! ¡Imposible, imposible! Yo soy como Santo Tomás.

—(Pero más bruto)—añade alguno en voz baja.

Lo que queda demostrado, y siento que la demostración se roce algo con la política (cosa de que con tanto tino huimos todos en este periódico), lo que queda demostrado es que este país es un país dispuesto á todo género de reformas.

Hace años que andan aquí los políticos dando vueltas á la forma mejor para introducir algunas novedades que con orden, acierto y éxito están planteadas en otros países.

Esas innovaciones tropiezan siempre con los obstáculos que en el camino ponen las personas que nunca se explican las cosas.

—¡No puede ser! ¡Ya ve V.! El país no es aficionado á las reformas. ¡Eso tiene muchos inconvenientes! Primero que el pueblo se acostumbre...

¡Demónchinos! Y hace tres días se ha publicado la Real orden modificando el sistema de sorteo nacional, y á estas fechas todos le saben mejor que el Sr. Ministro de Hacienda.

¡Vamos! ¿Qué apuestan VV. á que en el primer sorteo se presentará ya á cobrar algún jugador con el número del décimo enmendado?

MANUEL MATÓSES.

FABULAS

I

Se fué de la cocina el cocinero
y dejó abandonada
una hermosa tajada
que quedó de una pierna de carnero.

Dijo la gata al gato:

—Ve qué hermoso bocado, amigo mío;
pasemos devorándolo un buen rato.

—Mira que está prohibido,

—Yo me río

de tales prohibiciones;
comámosla y después, bonitamente
llamamos á talones
burlando así al que intente
castigarnos.

Al fin, por las razones
que dió la gata, el gato, convencido,
la tajada partió con su señora.

Pero después de habérsela comido
con miedo se dijeron:

—Bien; y ahora,

sepamos quién aquí culpable ha sido.

Discutido el asunto seriamente

sacaron en sustancia lo siguiente:

—La culpa sólo fué del que en el trance
nos puso con dejar á nuestro alcance
la carne, aunque sabía con certeza
las mañas que nos dió Naturalaleza.

II

Un zorro cayó en el lazo
y le dijo al cazador:

—Perdóneme usted, señor.

—Cállate tú, bribonazo.

—¿Que ha de quedar imaginas
impune tanto delito?

No tal; paga aquí, maldito,

la muerte de mis gallinas.

—Pues cuando con sus trebejos

se va usted al soto á cazar

¿suele usted acaso pagar

la muerte de los conejos?

—¿Quieres compararte á mí?

—Que no hay diferencia arguyo
entre mi crimen y el suyo.

—Si la hay,

—¿Por qué?

—Porque sí.

JOSÉ ESTREMERÁ.

ES MEJOR EL VERANO

Ni temo al tizno inhumano
ni temo al sol tropical.

Me es completamente igual

que sea invierno ó verano.

Peró comprendo en rigor,

atendiendo á mil razones,

que entre las dos estaciones

la de verano es mejor.

Que achica y encoge el hielo,

nadie de negarlo trata.

Siquiera el calor dilata,

lo cual siempre es un consuelo.

En invierno, de seguro

que no hay moneda completa.

En verano, una preta.

se estira y parece un duro.

Alimento bien mezquino

con calor se necesita;

pero esta estación maldita

pide chuletas y vino.

El frío es muy exigente:

lo que es cuando el sol abrasa,

con un pepino lo pasa

el hombre tan ricamente.

Hasta para la pasión

es el calor oportuno.

En invierno no sabe uno

dónde tiene el corazón.

Y si de amores trata,

con las modistillas listas,

en verano, las conquistas
salen mucho más baratas.
Si obsequias de buena fe
a una chica enamorada,
con calor, pide *cebada*;
con frío, pide *café*.
Los colores estivales
dan más vida y expansión.
El verano es la estación
del pobre y los animales.
¿Con el frío adónde vas?
La vida no se concibe.
¿En el invierno quién vive?
Los ricos y nada más...
No hay ni rosas ni violetas,
ni cielo azul en bonanza;
¡ni verde, que es la esperanza!
de los que hacemos cuarteras!
Con los fríos hay temores
al viento y a la humedad;
¡pues! y hay la necesidad
de hacerse prendas mayores.

Prendas mayores... ¡Qué apuros!
¡La capa!... ¡Prenda funesta!
¡La triste capa, que cuesta
por lo menor cinco duros!
Y hasta el interior reclama
abrigo y traje oportuno,
que sólo lo luce uno
cuando se mete en la cama.
El verano placentero
no exige ese gasto vil.
¡Con tres pesetas de dril
nos tapan el cuerpo entero!
Un pobre con eso pasa,
y si ni aun el dril le dan,
puede vestir como Adán...
No sabiendo de su casa.
¡El friol... Verdugo insano.
¡Del sastre el nombre me abrama,
y al recordarle, la pluma
se me cae de la mano!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EN UN ALBUM

(A PRESENCIA DE LA INTERESADA)

¿Qué quieres que cante,
qué quieres que cuente
si está en este instante
dormida mi mente?
Tus negras pupilas
mirando mis ojos,
la sal que destilas
de tus labios rojos,
me tienen postrado
y estoy adormido
de hijo hechizado
bajo tu fluido,
¡por Dios, está quieta!
Tu pie retrechero
me enseñas, coqueta,
¿soy yo zapatero?
No cede tu empeño
de verme extasiado;
ya sé que es pequeño
y está bien calzado;
mas son intenciones
perversas, aquellas
de excitar pasiones
por jugar con ellas.
El rubor colora
tu cara de cielo
cual la bella aurora
como rojo velo;
más y más me excita

verte avergonzada;
estás muy bonita
tan ruborizada...
.....
No quiero escribirte.
¡Te das tanto tonol...
Si quieres reírte
te compras un mono.
No esperes que cante
ni esperes que cuente
pues ni en este instante
dormita mi mente,
ni están tus pupilas
mirando mis ojos,
ni nada destilas
por tus labios rojos
gracias al pintado
que los ha teñido,
ni estoy hechizado
por ningún fluido,
ni tengo yo empeño
en ser por tí amado,
ni tu pie es pequeño
ni está bien calzado,
ni dudes que venza
amor no sentido,
¡ni tienes vergüenza,
ni la has conocido!

CAVETANO TRIVIÑO.



Sr. Abascal:
He leído que se van a destinar cincuenta mil pesetas al censo de población.
¿No podría hacerse eso con cuarenta y nueve mil, que ya me parecen bastantes?
Lo pregunto porque, en este caso, las mil restantes podían aplicarse...

¿A qué? ¡Pues a adoquinar
la calle Peninsular!



Una chica andaluza
se muere por un plato de merluza,
y tiene una alcarreña
el corazón lo mismo que una peña.
De donde se deduce
que no es oro jamás lo que reluce.



Hay una porción de moralejas que no tienen sentido común.
Por ejemplo, dice una:
«Haz a tu prójimo lo que quieras que te hagan a tí.»

Pues bien: yo quiero que mi sastre me haga unos pantalones;
y ¿cómo he de hacerlos yo a él si no he sabido nunca?



Dicen que el músico Aler
se pasa el día estudiando.
Yo le he visto solfeando
casi siempre... a su mujer.

J. RODAO.



Libros:

Se ha puesto a la venta *Chateau Margaux*, lindísimo juguete lírico de Jackson Veyan, que con extraordinario éxito se está representando en Variedades.

Bajo la parra, colección de versos y prosa del distinguido escritor D. Salvador Rueda. Este libro viene a aumentar la colección de cuadros andaluces, llenos de luz y de poesía, que con maestría sin igual dibuja el inspirado autor de *El cielo alegre*.

Hemos recibido el cuaderno primero de la obra que con el título de *Observaciones histórico-políticas sobre Juárez y su época*, ha empezado a publicar en México D. Marcial Aznar. Excusamos encarecer su importancia.

¡Ah! También hemos recibido ejemplares de la DÉCIMA QUINTA edición de *La gran vía*, adicionada con el cuadro nuevo *Basar de juguetes*.

Están a la disposición de ustedes.

Las relaciones amorosas al desnudo, se titula un folleto que acaba de dar a la estampa D. Sebastián López Arrojo.

Chispeante y festivo, sin traspasar nunca los límites de la decencia, describe y satiriza graciosamente las relaciones amorosas, desde la declaración cursi y gastada, hasta el matrimonio inclusive.

Y no hay más asuntos de que tratar.



Un tenedor de libros en Tortosa
sedujo a una doncella candorosa,
y un tenedor de bonos del Tesoro
sedujo a una casada en Valdemoro.
¡No admitas en tu casa tenedores,
en no siendo de plata, superiores!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Lumaeg.—Sevilla.—Eso aquí no pega. Periódicos tiene la santa madre tauromaquia que os podrán complacer.

Moi mème.—Si ¿Es V. *Chipella*?

Sr. D. B. R. — ¡Otro gracioso! Y a este le da por Jorge Manrique.
Sr. D. J. F. de A.—Bilbao.—Pues van 29, y el precio... véalo V. en la última plana. Es igual para todos.

Sr. D. B. S.—Alicante.—Puede esperar a fin de año y comprar la colección por diez pesetas.

Sr. D. A. O.—Madrid.—Tiene muchos ripios.

Yo.—Excelente idea. La forma es la que no acaba de gustarme.

Sr. D. A. L.—¡Demonio! ¡Eso no se puede publicar!

R.—Madrid.—Mal medido y sin pizca de gracia.

Spoliarium.—Si; pero el género ha muerto para nunca más resucitar.

Sr. D. F. L.—Zaragoza.—Otro graciosísimo aragonés.

Sr. D. M. G. A.—Madrid.—No se moleste V. Eso tiene mal arreglo, porque está en la masa...

El tío de las ocho iniciales.—Ambas hijas han sido gemelas, y se parecen como un huevo a otro.

Siaco.—Pero ¿sabe V. medir versos? ¡Pues lo disimula bastante!

Chirimbola.—Ainda más de flojita, el final es verde botella.

Sr. D. V. G.—Paris.—Qué caramba, eso de insultar así a una *made-moiselle*...

Atrevido.—La primera es regularcita; pero el metro es antipático al oído.

Casaca.—Mala intención sí tiene; pero nada más que mala intención.

Orbanja.—No, mal del todo no está; pero el asunto es de los que ha usado todo el mundo.

Sr. D. J. R.—Segovia.—Me va V. a hacer que repita algún epigrama con eso de mandarme los que ya he recibido. ¡Tenga V. memoria, hombre!

Sr. D. J. V.—Madrid.—Es un poco vulgar. En el reverso de la cuartilla había V. empezado una carta que demuestra que hay una chica que le está dando jaqueca. Lo siento mucho.

Lepanto.—¡Por favor! Es que lo hace V. muy medianamente.

Sr. D. S. R.—Madrid.—Eso, que es de Rueda, procede del *Almanaque de pared* que tendrá V. en su casa.

Un pez.—¡Los tres son del pez! ¡Pues son tres gracias!

Sr. D. J. F.—Cádiz.—Hay siempre de todo. Lo mejor es que se suscriba por todo el año actual y pida los anteriores. Así le alcanzará la rebaja y le costará cada tomo 8 pesetas.

MADRID CÓMICO
FALSIFICACIONES



¿Has visto qué *remontoir* lleva ese cristiano?
¡Cáyate, Muley, que si no fuera por el sagrado papel que estoy representando!...

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ A CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar. 20 pesetas
Encuadernado en tela. 25
Cartulinas sueltas (cada una). 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.